

**Vivir la violencia en el Perú del nuevo milenio,  
Oswaldo Estrada y Carlos Villacorta (eds.), Lima:  
Ediciones MYL, pp. 335**

**Laura Alicino**

UNIVERSITÀ CA' FOSCARI VENEZIA

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA – CHAPEL HILL

“Los peruanos nos hemos acostumbrado a vivir en estado de crisis, aceptando la cotidianidad de la violencia, sin reparar en que el miedo extenúa, nos hace sentir expuestos y amenazados y crea un clima de inestabilidad social”. Con estas palabras de la solapa entramos a la complejidad crítica de *Vivir la violencia en el Perú del nuevo milenio*, editado por Oswaldo Estrada y Carlos Villacorta (eds.), publicado por la editorial limeña Ediciones MYL en el 2022. Son palabras reveladoras, contundentes y controvertidas, que nos recuerdan desde el principio que mencionar la palabra “violencia” no es una novedad cuando tratamos la historia del Perú. Y sin embargo, si nos ponemos a pensar en un breve recorrido histórico desde la formación de la colonia, pasando por el siglo XIX, los años del terrorismo y la dictadura de Alberto Fujimori, hasta las violentas represiones ejercidas por el actual gobierno de Dina Boluarte en contra de la disidencia ciudadana, que han manchado de sangre las calles del Perú desde finales del 2022, entendemos cuán urgente sigue siendo nombrar una y otra vez esta violencia. Analizarla hondamente, llevarla desde el pasado a nuestro presente para atraparla, como dentro de un espejo, en el tiempo y en el espacio que nos rodea. Y hacerlo desde el espacio literario y artístico, nunca neutro o neutral, que siempre es el campo de batalla figurado en que se enfrentan las contradicciones de nuestra realidad.

En este contexto, en *Vivir la violencia en el Perú del nuevo milenio* Oswaldo Estrada y Carlos Villacorta convidan a quince autores y críticos para discutir la contemporaneidad del Perú “desde el neoliberalismo de finales de los años noventa hasta la crisis del COVID-19 y la actual inestabilidad política” (17). A pesar de su enfoque en los estudios contemporáneos así como de la variedad de temas y códigos analizados, una de las más relevantes novedades que el proyecto de Estrada y Villacorta ofrece es que los autores no solamente son peruanistas sino también peruanos. Su visión, tanto endógena como exógena, para los críticos que viven afuera del país, nos proporciona una lectura inédita del Perú contemporáneo que se mueve desde la crítica a la autocrítica. Los investigadores de este libro trabajan, entonces, desde una fundamental perspectiva que engloba tanto el estudio del trabajo de los demás, como un compromiso muy personal, cuando no corporal, con respecto a su propio país.

El libro se organiza en tres secciones tituladas “Encrucijadas neoliberales”, “Poéticas de la violencia” y “Fronteras de resistencia”, en las cuales se analizan una serie de obras, tanto literarias como visuales, que “se imponen como acto de resistencia” (18), proporcionándonos un acercamiento que nos fuerza a medirnos no solamente con lo estético, sino también con lo ético y lo político.

La primera sección, “Encrucijadas neoliberales”, comienza con un ensayo de Jacqueline Fowks que discute el concepto de “canon” (27) y nos lleva al mundo del artista plástico Ness is Sans confirmed, cuya obra “Injusticias previas al bicentenario” visibiliza las voces que se quedan afuera de las esferas de poder o de decisión. Sigue el ensayo de Margarita Saona, quien discute el valor de las redes sociales en tanto promovedoras de posibilidades inéditas de acción colectivas que tienen un impacto político relevante. Fijándose en el grupo privado de Facebook “Ni una menos: movilización nacional ya”, Saona analiza el fuerte impacto que los testimonios de violencia de género aquí publicados impulsaron, “un movimiento en defensa de las mujeres nunca antes visto en el país” (35), mucho antes de que lo hiciera el #MeToo en Hollywood. El capítulo de Cynthia Vich aborda el documental *A punto de despegar* (2015), realizado por Lorena Best y Robinson Díaz. Aquí se problematizan los efectos concretos del neoliberalismo, haciendo hincapié en la destrucción física de la comunidad limeña de San Agustín para crear nuevos espacios dedicados a las pistas de aterrizaje del Aeropuerto Internacional Jorge Chávez. Mucho más allá de representar a los ciudadanos como víctimas inermes, Vich analiza el papel del documental en tanto revelador de las formas de agencia de la sociedad.

Erika Almenara indaga en los efectos sociales del “Estado eugenésico peruano” (77) en las comunidades LGBTQ+, aprovechando el poder clarividente de una obra como *Salón de belleza* de Mario Bellatin (1994). Desde aquí, Almenara emprende un viaje en la racialización y sexualización de los cuerpos no normativos

que llega hasta el presente, en el contexto del COVID-19. Cierra esta primera sección el ensayo de Isabel Gervasi, quien analiza el documental *When Two Worlds Collide* (2016), realizado por Heidi Brandenburg y Mathew Orzel, y que lleva a la escena el “Baguazo” del 2009. Gervasi se fija en lo que significaron los enfrentamientos violentos de este periodo desde una urgente perspectiva sociopolítica que problematiza y denuncia la satanización e invisibilización de las comunidades indígenas del Amazonas, que sigue siendo una realidad de nuestro presente.

La segunda sección, “Poéticas de la violencia”, ahonda en el análisis de varios códigos literarios que se mueven entre poesía, teatro y narrativa. El ensayo de Carlos Villacorta indaga en la fundamental relación entre la poesía peruana y el pensamiento de izquierda entre los siglos XX y XXI. A partir de los enfoques teóricos de Alain Badiou, y enfocándose en las dimensiones temáticas del llamado a la revolución, de la representación del guerrillero así como del cuerpo social de la nación, Villacorta muestra la tensión entre poesía y pensamiento de izquierda que desde los años 60 llega hasta nuestros días, pasando por las grandes contradicciones del Conflicto Armado interno que estalla en los años 80. En el ensayo que sigue, Rocío Ferreira analiza a Victoria Guerrero Peirano, una de las más relevantes voces del Perú contemporáneo, destacando cómo su “poética de la resistencia” (138) es capaz de romper con el canon establecido y devolvernos una escritura en que “lo privado es lo político”, como quería Sylvia Plath (139), porque el yo habla siempre desde una dimensión que problematiza el duelo colectivo. A la poesía indígena se dedica el fundamental ensayo de Christian Elguera, quien aprovecha la conceptualización de lo que llama “traducción territorial” (163), para investigar la producción de las escritoras en lengua quechua Ch’aska Anka Ninawan, Gloria Cáceres y Dida Aguirre, junto a la poeta awajun-wampis Dina Anaco. A través de una dimensión teórica que problematiza los estudios postcoloniales, Elguera muestra el papel fundamental de la autotraducción de estas artistas como forma de agencia y de resistencia social, para que sus voces puedan alcanzar una dimensión siempre más transnacional.

En el siguiente ensayo, Andrea Cabel García estudia la producción teatral de Alfredo Bushy. Fijándose sobre todo en la pieza dramática “Tenebrae”, producida entre el 2017 y el 2020, Cabel García analiza la problematización de uno de los eventos más abrumadores de la historia contemporánea del Perú, o sea “las irregularidades cometidas por la Pontificia Universidad Católica del Perú contra los trabajadores y alumnos” (189), y muestra cómo la pieza se vuelve un documento en contra del silenciamiento. El ensayo de Jhonn Guerra Banda, que cierra esta segunda sección, problematiza los conceptos de violencia y totalitarismo a través de un estudio de la representación de masculinidades disidentes en la novela *Bioy* de Diego Trelles Paz (2012). A través de un enfoque

que abarca los estudios de género y la filosofía del cuerpo, Guerra Banda muestra en qué manera la agencia disidente de estas nuevas masculinidades es capaz de transformar el cuerpo en un lenguaje que desafía el discurso político-militar del Conflicto Armado.

La tercera sección, titulada “Fronteras de resistencia”, se dedica al fundamental aporte de la literatura peruana fuera de los confines nacionales. El ensayo de Oswaldo Estrada analiza la relevante novela gráfica *Ciudad de payasos* (2010) de Daniel Alarcón, hecha en colaboración con la ilustradora Sheila Alvarado. Aprovechando los peculiares recursos intermediales que la novela gráfica ofrece, al construir “ladrillo a ladrillo la marginalidad de sus protagonistas andinos” (233), Estrada destaca el valor de resistencia que esta obra tiene porque verbaliza formas endémicas de normalización de una violencia objetiva y subjetiva en contra de los migrantes tanto dentro como fuera del país. El siguiente ensayo de Lorena Cuya Gavilano ahonda en el cine de migración y neoliberalismo en el Perú contemporáneo. Aprovechando el sugerente concepto de “nostalgia por el futuro”, Cuya Gavilano analiza la producción cinematográfica nacional y transnacional sobre la migración de Gianfranco Quattrini, Andrés Cotler, Héctor Gálvez y Óscar Catacora, para destacar el fundamental “impulso hacia adelante” (249) que estas historias construyen, denunciando una evidente “necesidad de un proyecto nacional peruano” (264).

A la producción cinematográfica también se dedica el siguiente capítulo de Pablo Salinas, quien se enfoca en un campo de estudios que todavía no ha recibido la atención crítica que merece. Hablo de la producción del cine peruano de migración internacional, como el caso peruano-canadiense. Enfocándose en el análisis de los largometrajes *Norte* de Fabrizio Aguilar y *La bronca* de Daniel y Diego Vela, Salinas muestra el valor estético y político que el “inmigrante de celuloide” (270) adquiere en este tipo de cine transnacional, verbalizando las dificultades del desplazamiento de los personajes en un *locus* urbano suspendido que se mueve entre el recuerdo del espacio nacional y las nuevas perspectivas de carácter interamericano. El siguiente ensayo de Gabriel T. Saxton-Ruiz analiza el papel que desempeña la literatura peruana en traducción, sobre todo al inglés y al francés, al interior del mercado global. Interrogando tanto los aportes como los límites del concepto de literatura global, Saxton-Ruiz lee en forma de resistencia la agencia del trabajo de traducción que lleva a la literatura peruana no solamente a tener más visibilidad a nivel transnacional sino también a proveer una visión siempre más pluricultural e inclusiva del Perú contemporáneo.

El libro está enriquecido por una destacada contribución del escritor peruano Félix Terrones como “Postscriptum”, que se enfoca en la actual crisis política del Perú, interrogándose e interrogándonos no solamente acerca del legado de la violencia histórica, sino también de lo que significa vivir para los que

han sobrevivido y siguen sobreviviendo a esta y que la miran como en “negativo fotográfico” (323). “¿Qué significa ser peruano al cabo de doscientos años?” (324) es una pregunta que tal vez se queda sin respuesta pero que empuja a lo único que podemos hacer para no sucumbir, o sea no parar de contar la violencia (325).

*Vivir la violencia en el Perú del nuevo milenio* no es solamente un libro necesario sino también urgente, porque nos ayuda a medirnos con la gran crisis democrática que se está viviendo a nivel transnacional, como bien señalan Estrada y Villacorta. Leerlo significa comprender con más detenimiento no solamente las historias de las víctimas de la violencia en el Perú sino también sus muchas formas de resistencia. Como una fotografía en negativo, nos interroga sobre cada uno de nuestros legados territoriales, nuestras propias crisis políticas y sociales, también fuera de América Latina. Por si hiciera falta un ejemplo, terminé de leer este libro en el día del funeral de Giulia Cecchettin, de veintidós años, víctima número 103 de feminicidio en lo que va del 2023 en Italia. Desde el encuentro de su cuerpo torturado por su expareja, miles de mujeres han tomado el espacio público en las marchas y las protestas enarbolando y gritando las palabras del famoso poema de la activista peruana Cristina Torres Cáceres, “Si mañana no vuelvo”. En este contexto, leer *Vivir la violencia en el Perú del nuevo milenio* es también una forma de cura, un modo estético, ético y político de “destruirlo todo si mañana no vuelvo”.